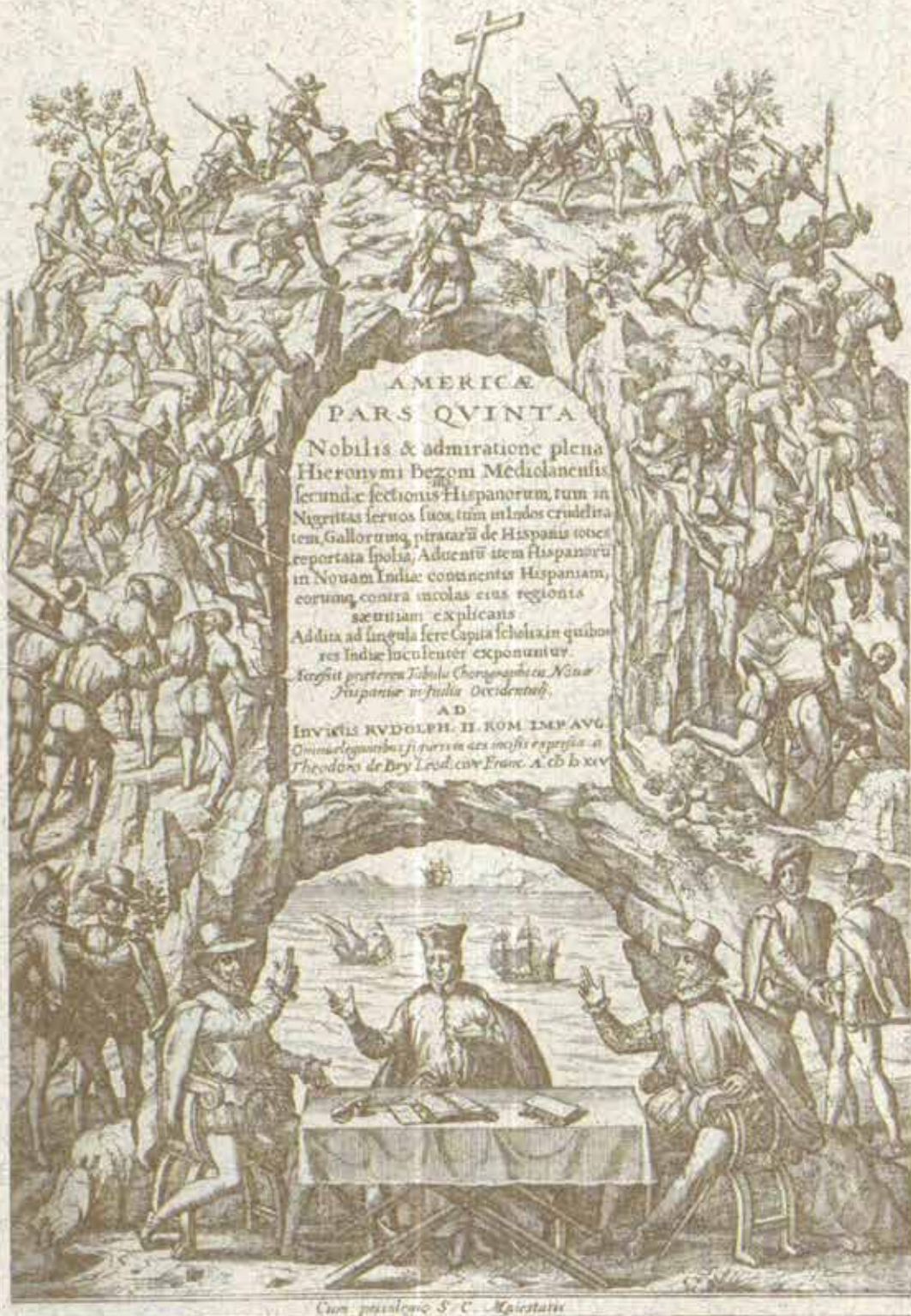


Guerra y significado La Batalla de Centla

Luis Barjau



Junio 2003

Diario
DE CAMPO

Caño de cañón de bronce, siglo XVI



Panel español de bronce de 4 libras: empleado como defensa se situaban en el castillo, el alcatraz y las cofas. Con el fin de evitar la aproximación de lanchas y botes, o, cargado de metralla contra personal.



Arma de rueda de
corte, siglo XVI



Armas para piedra, siglo XVI



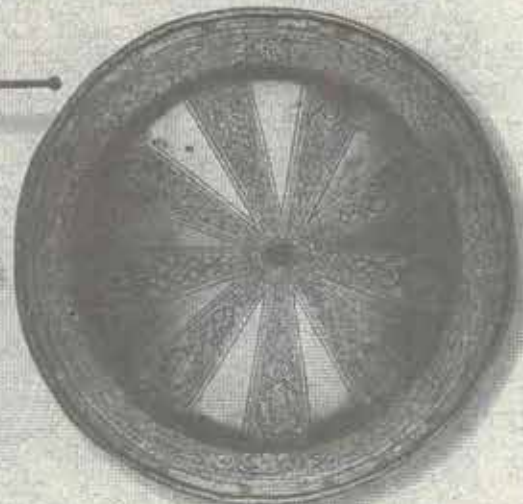
Armas del siglo XVI



Hacha de
abordaje:
empleada como
arma ofensiva,
de corte, con uno
de sus elementos
en forma de pico
que permite
cortarse a las
bordas elevándose con
firmeza.

Chazo de
abordaje

Rueda (c. 1600): empleada como defensa para parar golpes.



Ballesta para cino o caza, siglo XVI. Las armas
de caza transportadas con frecuencia por
pasajeros voluntarios. Se convertían en objetos
de prestigio para los corsarios y piratas que se
apropiaban de ellas en caso de apresamiento.



Sobre de abordaje: el
modelo es del siglo XVII

Armas con base de rueda, siglo XVI



Esponja de
madera:
empleada
por los
cuidos como
símbolo de
manera



Arma de borda con llave de rueda (1560)



Arma de borda con llave de serpentín (c. 1600)

Las imágenes que ilustran este cuaderno fueron tomadas de:

De Bry, Teodoro *América*. Siruela, España, 1995. Trad. Adán Kovacsics. 479 p.

Antochiw, Michel. *Historia cartográfica de la península de Yucatán*. Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional, Gobierno del estado Campeche, Grupo Tribasa. México, 1994. 301 p.

Vivas Pineda, Gerardo. *La aventura naval de la compañía Guipuzcoana de Caracas*. Fundación Polar, Venezuela, 1998. 418 p.

Navegantes y naufragos. Galeones en la ruta del mercurio. Fundación "la Caixa", Museu de la Ciència, Lunweg editores, España, 1996. 162 p.

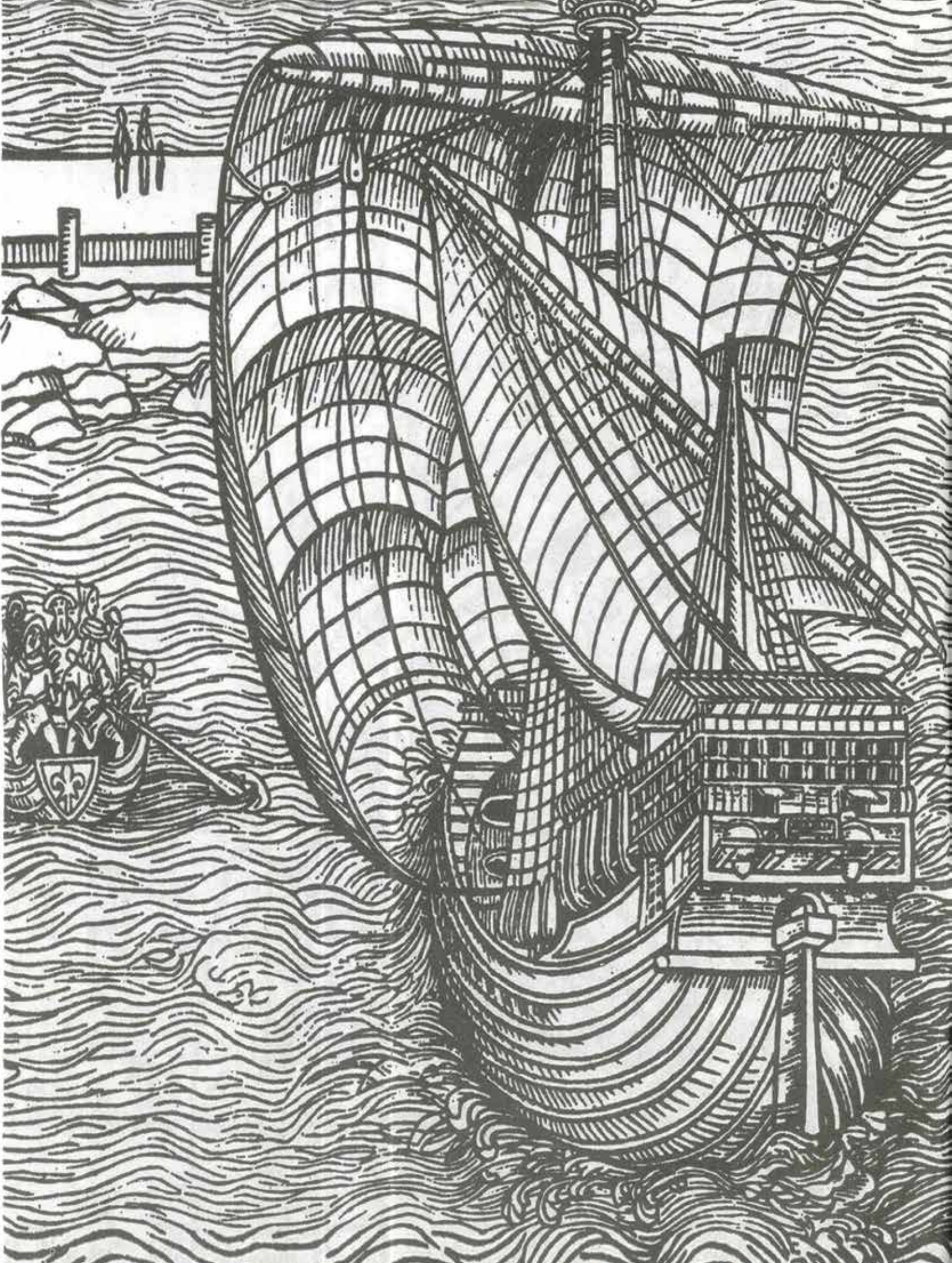
ApesteGUI, Cruz. *Los ladrones del mar piratas en el caribe. Corsarios, filibusteros y bucaneros, 1493 - 1700*. Lunweg editores, España. 2000. 233 p.

Agradecemos a la arqueóloga Pilar Luna el préstamo de los libros y al maestro Luis Barjau la selección de las imágenes.

Guerra y significado La Batalla de Centla

Luis Barjau





Guerra y significado

La Batalla de Centla*

Luis Barjau**

a Gloria Artis



Cuántos combatieron

Es imposible precisar completamente ni el número de soldados que vinieron con Cortés de Cuba en 1519, ni el número de guerreros indígenas en la batalla de Centla. Mucho menos la población de los primeros sitios tocados por los castellanos a su llegada.

Respecto a los españoles los señalamientos son siempre distintos. Cortés habla de "400 hombres de guerra", entre ellos "muchos caballeros y fidalgos" y "16 de a caballo" (C:18); López de Gómara de más de 300 que salieran de Santiago de Barucoa, más 50 que después se unieran en Guaniguanigo donde se hace escala (L:16,17); Bernal Díaz del Castillo de "sobre 400 soldados" (B:83). Parece que no existió una preocupación expresa por el cómputo riguroso de los participantes en la Conquista, a pesar de que era muy

* Versión corregida y aumentada del libro *Etnohistoria: visión alternativa del tiempo*, Luis Barjau (coordinador), en prensa en el INAH.

** Dirección de Etnohistoria-INAH. Apartir de mayo investigador de la Dirección de Estudios Historicos-INAH. barjau@yahoo.com



fácil hacerlo, mucho más porque Cortés, por instrucciones de Velázquez, fue acompañado siempre por el notario Pero Gutiérrez, quien asentaba testimonio de todo lo que ocurría en el viaje.

Hubo ciertos contratiempos también, que no sirvieron sino para perturbar la consideración de una cifra precisa. Por ejemplo, Velázquez prohibió que vinieran indios cubanos en el viaje; sin embargo, se embarcaron "200 isleños de Cuba" (...), "ciertos negros y algunas indias" (L:18). Pero después se asienta que había "cerca de 500 españoles en Centla" (Id:33). Y todavía más, López de Gómara refiere que Cortés, al enviar carta a Gerónimo de Aguilar y a Gonzalo Guerrero, los famosos españoles rezagados en tierras mayas desde 1511, dice haber partido de Cuba con 550 españoles (Id:22).

¿Cuánto pesó también, en esta indefinición, la leyenda justificadora posterior, de la conquista, ante España y ante el mundo, de que un puñado de bravos españoles al mando del gran Capitán, había sujetado a todo un imperio? Ésta es una pregunta que hoy se puede formular fácilmente.

En términos formales se debe aceptar que fueron sobre 750 hombres, 550 españoles, más 200 cubanos y algunos negros.

Respecto a los indígenas todavía hay mayor confusión. Cortés (:24), López de Gómara (:34), Alva Ixtlilxóchitl (Ix:197) y Antonio de Herrera (:346) apuntan que en la batalla de Centla participaron 40,000 guerreros, lo cual es



muy exagerado. Bernal Díaz refiere 12,000 (:73). Diego de Ordaz, entusiasmado, llega a exclamar que por cada español peleaban 300 indios, y si los primeros eran sobre 400, como apuntó Bernal Díaz ¡los segundos resultarían ser por tanto más de 120,000! (Id:81). Antonio de Herrera reportó que cuando los maya-chontales trataron de disuadir a Cortés para que no entrara en Centla, asimismo le advirtieron que ellos contaban con "3 xiquipiles de gente" (8,000 por xiquipil=24,000). (Id:209). Sin embargo, no es improbable que ellos también exageraran como una táctica de intimidación. Tampoco, que quizá contando con ese potencial a reunir de varios





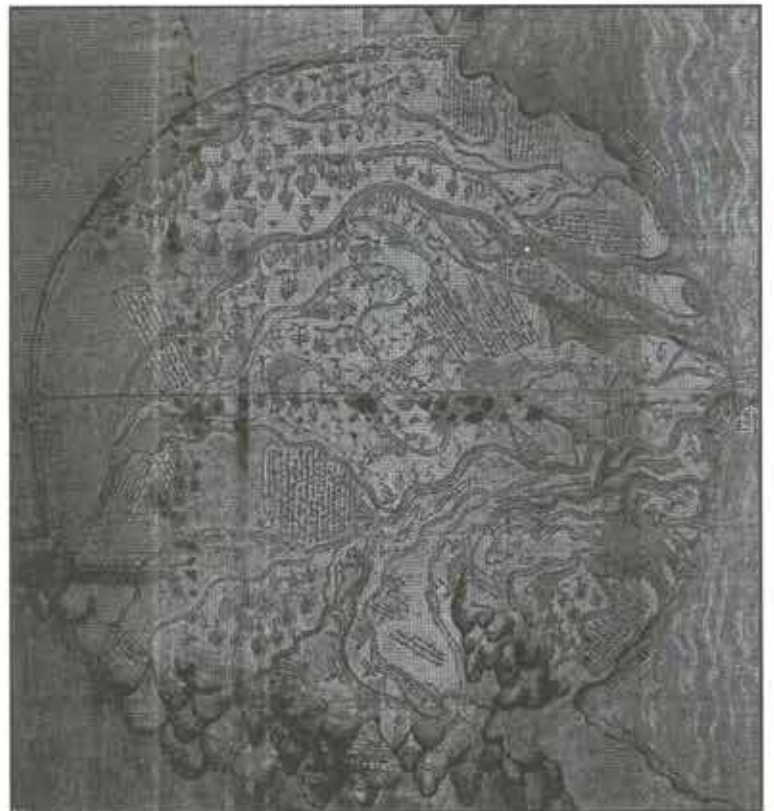
sar aún de manera exagerada que si participaba una persona de cada dos casas, habría 12,500, cifra cercana a la de Bernal. No obstante, 10% de guerreros de cualquier población no hace una cifra muy común.

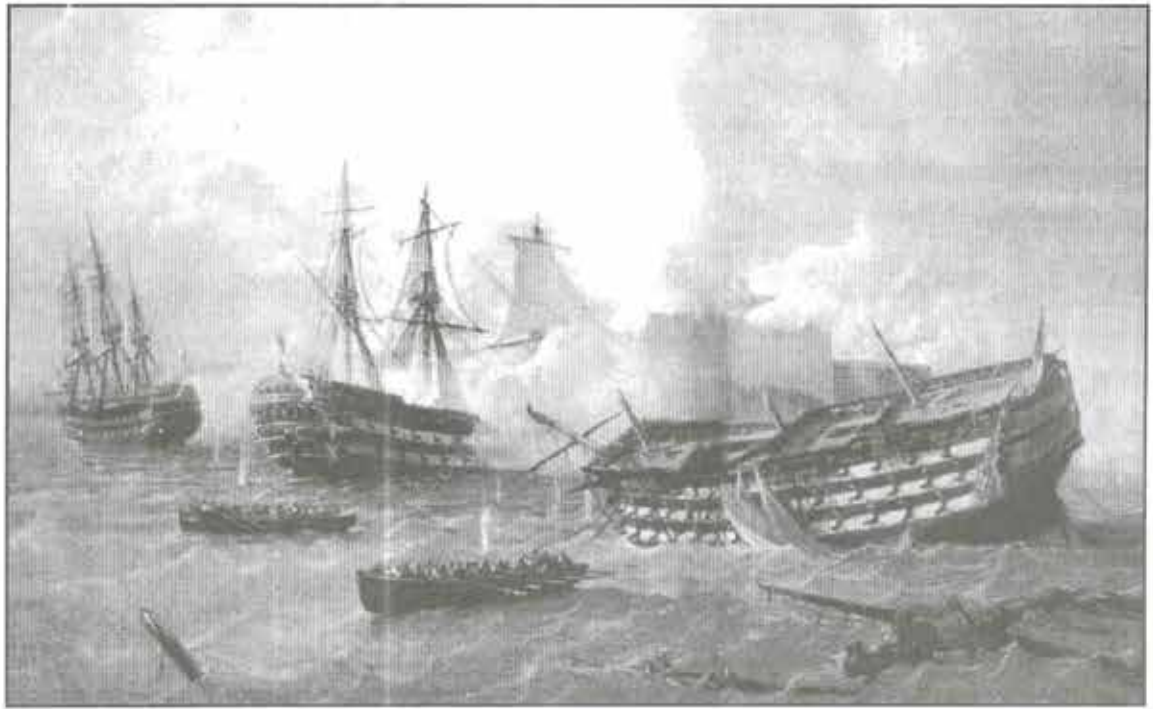
En cuanto a las bajas, dice Bernal que fueron más de 800 indios muertos (:82); López de Gómara señala más de 300 (:35). Cortés -en carta al Rey- 200 (:24). Las Casas en cambio refirió que en la batalla

pueblos circunvecinos, todos participasen a la hora de la batalla. Si los indios exageraban con sus 24,000 hombres, los españoles mucho más con sus 40,000. Cada bando, esgrimiendo sus propias razones.

López de Gómara calculó que en la isla de Cozumel, que constaba de tres pueblos, había 2,000 hombres(:26), y que en Centla (que confunde con Potonchán) había "menos de 25,000 casas" (:38). Si en Centla había 25,000 casas y calculamos el estándar de 5 personas por cada una (125,000 habitantes), se puede pen-

murieron 30,000 "ánimas", pero ello está influido por el afán salvífico de este autor quien acto seguido expresa irónicamente "y esta fue la primera predicación del Evangelio que Cortés introdujo en la Nueva España" (BLC:241). Herrera por su parte reporta más de 1,000 muertos (IV:347).





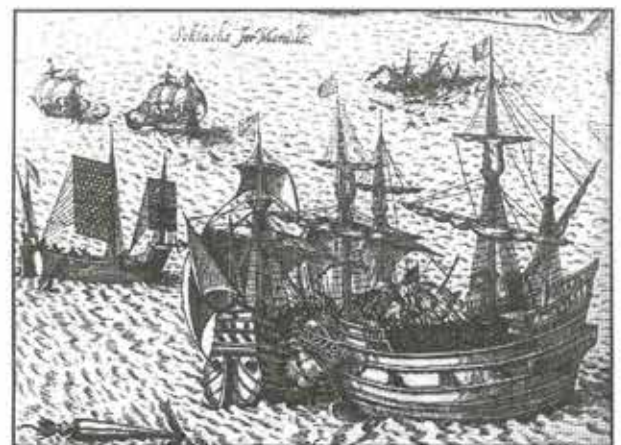
Expectativas y previsiones de ambos bandos

Del viaje de Grijalva en 1518 a las costas del Golfo, Moctezuma había sido informado como es debido por medio de sus enviados desde Xicalango. Al respecto observó las pinturas y relatos de sus tlacuilos. Volvió a mirar el casco de hierro con que se tocaban los españoles, no había duda, era el mismo como el que años atrás le habían traído de la costa (del viaje de Hernández de Córdoba en 1517) y que él, a manera de premonición, había ordenado que colocaran sobre la cabeza de la representación de Huitzilopochtli.

Moctezuma está ante la disyuntiva de las profecías; tradiciones antiguas que inculcaban el retorno de Quetzalcóatl y forjadas desde el reinado de Acamapichtli, primer tlatoani de México. Si dichas profecías eran razón de estado teocrático, aceptarlas equivaldría a una especie de capitulación ingenua ante los invasores. Rechazarlas era prácticamente volverse contra todos los fundamentos re-

ligiosos e ideológicos del estado. Éste fue el meollo de la célebre incertidumbre moctezumana, que se ha convertido en una leyenda.

Cuando Grijalva se encontró con el Señor de Tabasco en Centla, fue investido por éste con una tan curiosa como improvisada prenda. El cacique había mandado a confeccionar partes de madera recubiertas de oro, con el fin de simular una suerte de armadura para el español, que quizá buscaba imitar las de hierro que los mis-



mos portaban. El cacique ya era consciente de la fiebre por ese metal, que embargaba a los castellanos, aunque no la entendiera puesto que para ellos el oro estaba lejos de ser moneda.

Y esa misma prenda llevada a Cuba, es muy probable que haya sido vista por Cortés en aquella isla puesto que el regreso de Grijalva había creado gran expectativa.

Grijalva y Tabasco habían cambiado prendas. El primero recibió la armadura dorada entre otros muchos ricos regalos. Tabasco recibió "una camisa rica" y el "sayón de terciopelo carmesí" y "la gorra de lo mismo" que vestía Grijalva, y "zapatos colorados de cuero, nuevos" (H.vol.IV,cap.II:210).

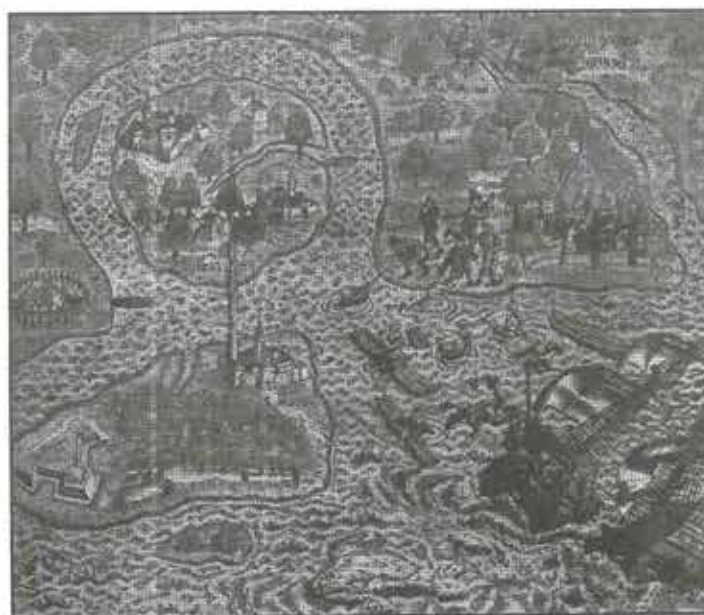
Como resultado del paso de Grijalva por Potonchan, donde hubo una escaramuza, el cacique de ese lugar, hermano del señor de Tabasco, había criticado después, ásperamente, a éste por no haber hostilizado al invasor, como habían hecho ellos.


Por eso, cuando llegó Cortés, y navegaba en sus bateles río arriba de la desembocadura de los ríos Grijalva y Usumacinta, escuchó que los indios cortaban madera tierra adentro. Y con esa madera acabarían de amurallar Centla, como comprobarían, después, al invadirla. Una muralla nueva contra enemigos que llegaban por el mar.



Dice Bernal que cuando Cortés estuvo frente a Potonchán, quería entrar para "darles una buena mano por el desbarate de lo de Francisco Hernández de Córdoba e Grijalva" (:73) Ya había visto en Cozumel e Isla Mujeres cómo huían los indios ante su presencia. Aunque Centla resultó ser mucho más populosa que Cozumel y Potonchán.

La situación de la región de Tabasco, para la época, sigue siendo incierta.

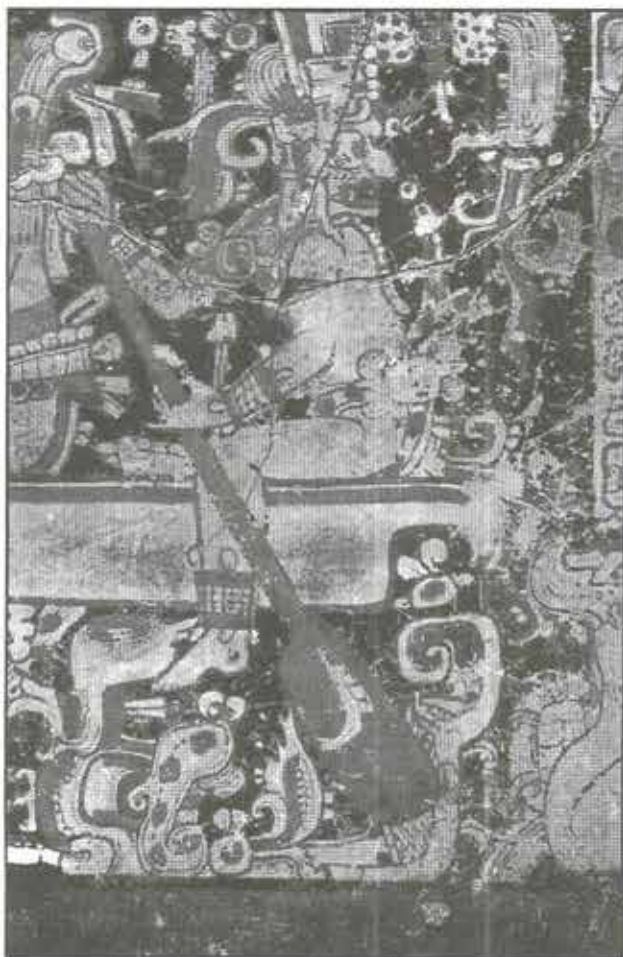




Herrera dice que Tabasco iba de Yucatán a Coatzacoalco y que hacia el sur colindaba –como ahora–, con Chiapas, pero que había un solo pueblo (Vol.I:76).

Es probable que su extensión fuera la dicha, ya que en Potonchán, de menor importancia, reinaba el hermano del cacique de Tabasco. Es inverosímil, entonces, que en tal extensión hubiera un solo pueblo.

Lo mismo ocurre en cuanto a la situación geopolítica de la entidad. La misma fuente reporta que "Tabasco anda con la gobernación de Yucatán" (Ibid.). Ixtlilxóchitl en cambio asienta que era sujeto de Texcoco, México y Tacuba (Ix.852,197). Incluso Herrera especifica un tributo en cacao: "dos mil xiquipiles de cacao, y cada xiquipil son ocho mil



almendras y una carga hace tres xiquipiles o tercios" (Vol.I:76). Los chontales, en cambio, frente a un Cortés que ofrecía la tutela de Carlos V, habían expresado orgullosamente que ellos "a nadie reconocían señorío" (Id.IV:352). Había ya, es cierto, muchos nahuatlismos en el habla cotidiana de los chontales, pero se ha dicho que el náhuatl para la época, era lengua franca hasta Guatemala (JN:183). Sin embargo, existe también la evidencia de que Moctezuma no toma disposiciones importantes acerca de la llegada de los españoles, sino hasta que están en San Juan de Ulúa, acaso porque el chontal no fuera considerado bajo su dominio. Por lo demás, si Tabasco hubiera estado decididamente vinculado a Yucatán o a la Triple Alianza, hubo mucho tiempo como para que sus tutores hubieran previsto estar

presentes en la batalla de Centla. Lo que ocurría en cambio era que había en la zona un enclave nahua reciente pero hacia Hueymango, que no incluía a Centla.



Palabras, señas y meneos

La comunicación entre españoles e indios fue una herramienta natural, pero también militar, de extrema importancia. Con la práctica de la traducción, los españoles obtuvieron información de vital importancia. Amén de la comunicación general, por la traducción simultánea los españoles conocieron los fundamentos generales de la religiosidad de estado y de sus sentencias mitológicas, con el documento que dos principales mexicas le enseñaran en San Juan de Ulúa a Hernán Cortés. En Cempoala, los españoles también llegaron

a saber, no sin gustoso asombro, cómo los naturales estaban divididos profundamente por el sistema tributario que era secuela de la imposición militar. Y que el imperio tenochca aún estaba rodeado de regiones enemigas hacia los cuatro vientos. También supieron en Cempoala acerca del servicio obligatorio de los tamemes para los visitantes vencedores, lo que aligeró totalmente su pesada carga en el transporte.

Cuando Grijalva regresaba a Cuba y a su paso por Yucatán, había tomado de allí (Santa María de los Remedios) dos rehenes de mucha importancia, porque uno de ellos entendía la lengua de los nativos de Cuba y comenzó después a entender rudimentos del castellano. Fue bautizado como Melchor y Bernal lo motejaba Melchorejo. El segundo, de quien se ignoran detalles, pero que también funcionaba como "lengua", se llamó Julián y le decían Julianillo. También se conoció a un Orteguilla que sería después, si bien por poco tiempo, criado asignado por Cortés a Moctezuma, lo cual hace suponer que hubiera llegado a aprender bastante el náhuatl.

Las Casas apunta, en cambio, que Grijalva había aprisionado cuatro indios para "lengua" en Puerto Deseado (Campeche) (:208).





Hasta Centla pues, Melchor había fungido como "lengua", en estrecha colaboración con Gerónimo de Aguilar, rescatado en Cozumel y entrambos triangulaban la comunicación de hablantes de maya-yucateco, al maya-chontal y al castellano. Se entiende que de un modo precario y rudimentario, aunque no al extremo de fray Bartolomé de las Casas, quien sostuvo que en los diálogos sostenidos por los españoles y los chontales, nadie había entendido nada, "por diez palabras que Cortés les dijese mascadas y mal pronunciadas" (:242).

Aunque los nativos de Cozumel o Acuzamil, por señas hechas hacia las propias barbas de los españoles habían dado a entender que había otros como ellos en estas tierras, Melchor, quien conocía a los caciques que sujetaban a dos de ellos, había completado esa comunicación. Dichos rehenes eran los célebres Gerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero. Ambos, rezagados en tierra maya desde 1510/11, así que cumplieron siete años, como para aprender muy bien la lengua maya. Y habían naufragado; salieron de Santo Domingo en noviembre de 1509 y se dirigían hacia Cartagena y el Darién, a la costa de Veragua en Panamá, por mandato de Don Fernando el Católico, y bajo la capitanía de Diego de Nicuesa (DCI:48).

De ese naufragio, obra de una gran tormenta que rompió las carabelas de Nicuesa, sobrevivieron 20 marinos, apretados en un buen batel que los empujara hasta Yucatán. Y de esos veinte extraviados sólo quedaron seis, y se dice que entre éstos iba el mismo Nicuesa, pero que todos, menos dos, habían sido sacrificados y comidos por los nativos.

Guerrero, como es sabido, fue tomado por Nachancán, el cacique de Chetumal, quien lo hiciera principal al casarlo con una de sus hijas, una vez descubiertas sus dotes no sólo de marino, sino también de militar, que hacían honor a su apellido.



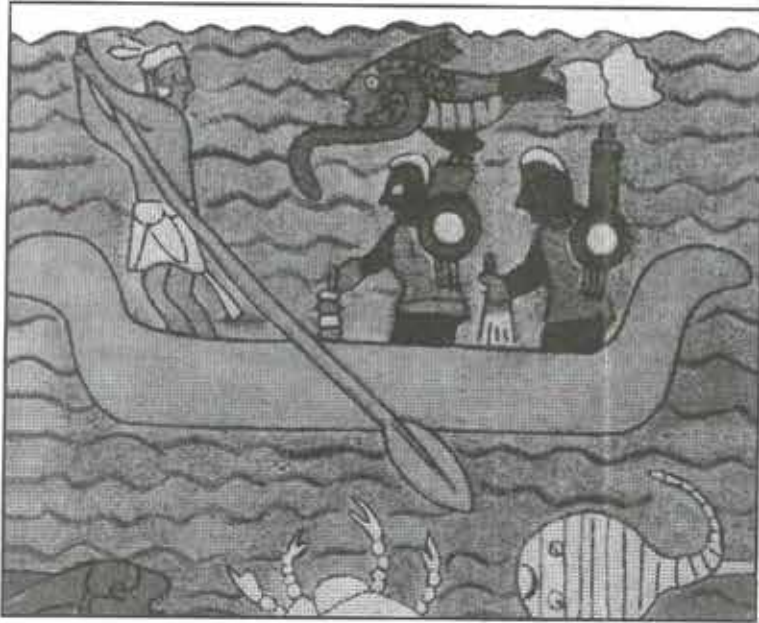
En cambio tenemos a Aguilar que protagonizaba el viejo género literario del idilio, en los vehementes pasajes que Bernal infundió al momento célebre de su abstinencia canónica en la playa, hacia la amorosa adolescente maya que lo requería desde su hamaca. Fanático ante el fuego de una hoguera en la orilla, Aguilar, como Odiseo, había aguantado el rigor de los cantos de las sirenas, según refiriera el soldado-cronista. Pero en cambio, su contrita abstinencia le había salvado la vida. Melchor había sido enviado por Cortés (no así Aguilar por no arriesgar su vida), después de la primera refriega con los de Centla, para que convenciese a los principales de no hacerles más la guerra y permitirles entrar en su pueblo por bastimentos, por no mencionar el oro que codiciaban. Melchor no sólo fracasó en su embajada, sino que se dice que dijeron los chontales que a ellos les había aconsejado que mataran a los advenedizos informando que los españoles eran muy pocos como para que no fueran fácilmente vencidos.

Después de la caída de Centla, Melchorejo había desaparecido y había

dejado colgadas de unas ramas las ropas españolas con que había sido revestido. Y más tarde, cuando los españoles lo reclamaran para ajusticiarlo, los indios dijeron que ya lo habían hecho ellos, sacrificándolo a los dioses por sus malos consejos.

A partir de Centla, ya lo substituía La Malinche políglota, quien en colaboración con Aguilar tradujo las arengas posteriores que fueron las primeras razones de la evangelización y del sometimiento al gran rey ubicuo de los españoles. Aunque a este punto también Las Casas expresó sus, esta vez, muy verosímiles dudas (Ibid).

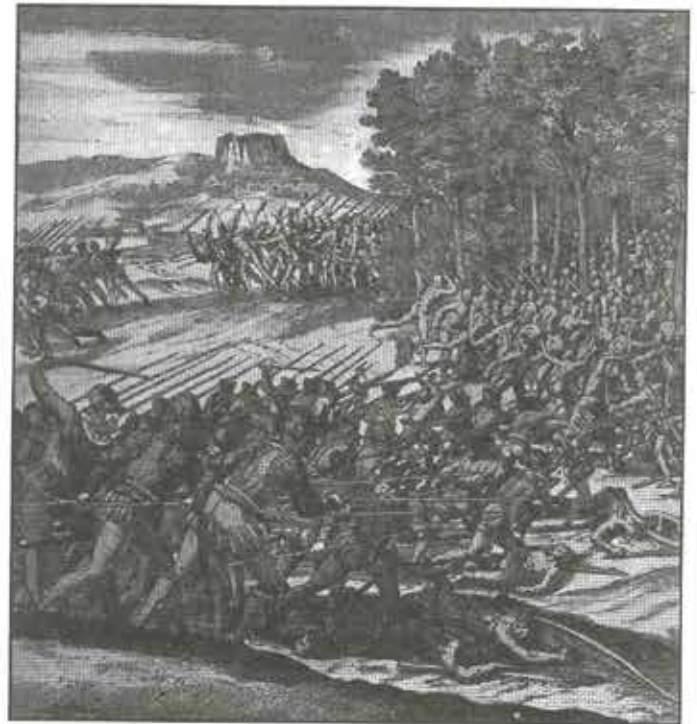




La batalla

En la actualidad, nuestro asombro por los hechos de la conquista no hace sino revelar un gran desconocimiento sobre las mentalidades nativas, sobre su religiosidad, su particularidad militar y su organización sociopolítica, por lo menos. Y ello no sólo al principio del encuentro en Cozumel y Tabasco, sino a lo largo de toda aquella empresa.

Es así que bajo este tenor debemos preguntarnos cómo fue posible que los chontales de Centla hubieran podido enfrentar solos, se puede decir, a los extraños, cuando no solamente había otros reinos ligados por el parentesco que como Potonchán sabían muy bien de las pretensiones de los extraños, o el cacique de Campeche bautizado después como Lázaro, sino que también estaban avisados los mayas de Yucatán y los diversos grupos de Chiapas, todos ellos vecinos y en comunicación permanente con los chontales. Aún más misterioso resulta que los "cimatanes" que eran chontales



permeados por enclaves militares mexicas, ya instalados en sitios como Cunduacán, Jalpa, Hueymango y Amatitán, no acudieran a Centla. Ya que a ellos les correspondió después, cuando los adelantados Luis Marín, Juan Vallecillo, Baltasar Osorio y Francisco de Montejo propugnaron por pacificar la zona desde 1523, la honra de una resistencia prolongada, difícil pero exitosa. Ésta se puede decir que duró hasta 1556, cuando el franciscano fray Diego de Pesquera trasladó a los chontales-acalanes a su ulterior morada en Tixchel (R:44,5), hecho que marcaría el fin de la resistencia.

Nos hemos de conformar pues, con la idea, vaga por insuficiente, de que se trataba de reinos separados, con poca o nula cohesión sociopolítica, como para que fueran capaces de tipificar una invasión externa al continente o al entorno territorial. La otra explicación, ya insostenible, fue la de los propios españoles de la época, que insistieron en el atraso, la cobardía y la infidelidad, como una respuesta al problema.

Pero veamos a grandes trazos la batalla de Centla

El 12 de marzo de 1519 (B:73) aparecieron ante el asombro de los chontales de Centla, los once barcos de Cortés con iguales capitanes y al mando del piloto Antón de Alaminos (L:17), y sus más de 750 hombres, que llegaron hasta la desembocadura de los dos grandes ríos

del sureste, el Grijalva y el Usumacinta, que se juntan antes de terminar en el mar.

El asombro de los indios fue más por el número de naves y hombres, puesto que antes habían visto las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba, de 1517, con sólo tres navíos y la de Juan de



Grijalva al año siguiente con 200 hombres en cuatro navíos. El asombro pues, más que nada, debió haber sido por el regreso y los motivos que tuvieron para ello los extraños.



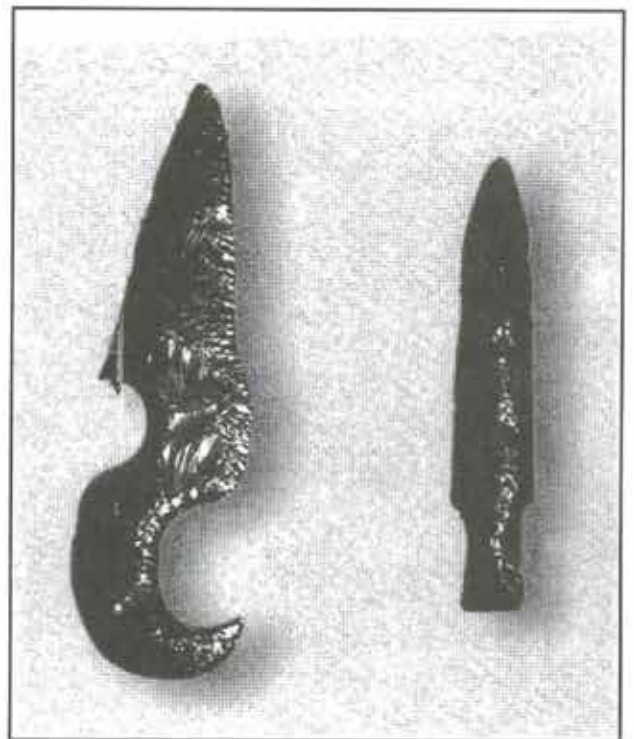


Esta vez, y como los de Potonchán recriminaron ásperamente a los tabasqueños por no haber guerreado, como ellos hicieran exitosamente contra Grijalva, estaban prevenidos contra Cortés. A su vez, el capitán iba dispuesto a "darles una buena mano", como dijo Bernal (:73), que vindicara aquella afrenta anterior. La batalla, inminente pues, había madurado sus ánimos con anterioridad.

"Y cuando los indios vieran tanta gente y navíos que saltaban en tierra, salieron de un pueblo grande que allí cerca estaba, armados de arcos, y flechas y rodela, muy empenachados y pintados, que para ellos es gran ferocidad y gala, para saber quien eran y qué querían" (H. IV, cap.XI:342).

Las naves mayores no pueden avanzar río arriba sin encallar pero sí los bergantines y los bajeles y de esta forma

se acercan los españoles hasta la punta Este de la desembocadura, llamada el islote de El Palmar. Y allí los van a encontrar "muchos barquillos" o tahucup de indígenas, "con hombres armados mostrándose muy feroces y ganosos de pelear" (L:30) pero se apaciguan los ánimos quizá por la actitud española y los indios preguntan por el motivo del desembarco. A señas, más que a voces porque la traducción propiamente es escasa y rudimentaria a pesar de algún cubano que entendía algo de maya de Yucatán, del yucateco Melchor y del propio Gerónimo de Aguilar, se expone la demanda de los visitantes, que no el objeto de su arribo: tienen gran necesidad de agua y de comida. Los indios dan marcha atrás diciendo que irían a consultar con los principales para exponer la petición de los recién llegados; en tanto, anochece, y Cortés aprovecha para hacer desembarcar a otros soldados, mientras que los de Tabasco conjeturan qué es conveniente hacer y resuelven llevar al día siguiente algo de comida compuesta básicamente de tortillas y pescado seco.

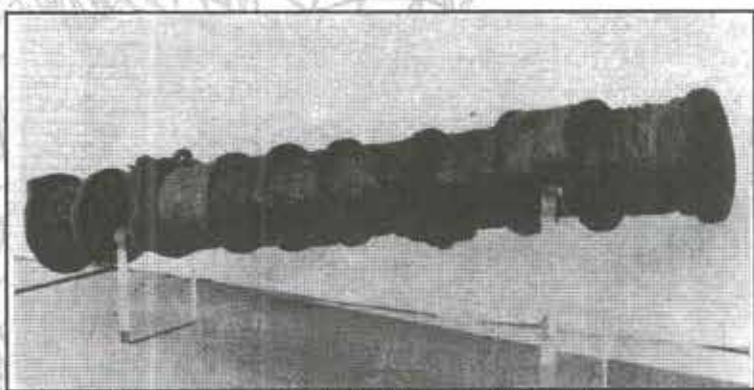
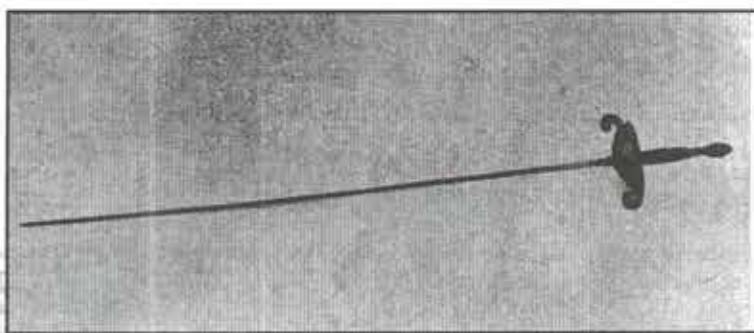


Ocurre un diálogo parecido al del día anterior aunque ahora el pretexto de Cortés es el agua, que los nativos habían omitido.

Los chontales recomendaron a los españoles que tomasen agua del río “y que si les pareciese algo salada, que cavaran en la isleta cercana” (DC.II:233, párr.57). Cortés fingió ir a la isleta para tomar agua. Aunque en la noche “echó en tierra, secretamente, cuatrocientos hombres, y los metió en un monte, que no fueron sentidos” (Id.párr.58).

Pero al argumento del agua se aferraron fingiendo, mientras que empiezan a exponer otras causas de su visita que es la increíble oferta primero de protección, después de tutoría a un tan excelso cuanto ubicuo señor, el suyo, que habita después del océano. Sin embargo, para los indios dicho lugar es el de una concepción que suponía en ello la unión sagrada de cielo y tierra en dicho confín, en todo caso lugar de destino y partida de algunas deidades. Al mismo tiempo está la peregrina oferta de los consejos de los navegantes los cuales les habrían de reeditar “mucho bien y provecho” de ser escuchados. Ofrecían “buen tratamiento y libertad ofreciéndoles la noticia de cosas tan provechosas para sus cuerpos y almas” (L:33), al mismo tiempo que estas promesas eran registradas por el escribano Diego de Godoy, para tener constancia ante Diego Velazquez, el rey y en fin, el mundo, sobre los primeros sucesos del encuentro.

La respuesta indígena, a fuerzas irónica, no se hizo esperar. Ironía ominosa sin embargo, por los sucesos que en adelante habrían de ocurrir. Los indios hicieron notar pues que no acababan de llegar y que ya les andaban ofreciendo señor. Nada menos que a quienes, se dijo después en las crónicas, no reconocían ningún señorío puesto que eran libres o independientes.





Cortés "vuelve a ofrecer la paz muchas veces, a usanza castellana" (Ibid.). Los indios observan que "no querían consejo de extraños" quienes "les parecían hombres terribles y mandones" (Ibid.). Cortés entonces subrayó que de todas formas entrarían al pueblo mientras que los tabasqueños pidieron "que se fuesen y no curasen de bravear en tierra ajena" puesto que "los matarían a todos" (Ibid) y es aquí donde el capitán pone un ultimátum: que los emplazaba para la tarde, pues él dormiría en el pueblo. Dice López de Gómara que los indios "desto se rieron mucho, que les pareció soberbia y locura" (Ibid).

Diego Velázquez, en efecto, antes del viaje de Cortés, lo había instruido al respecto: "que les habléis y requiráis se sometan debajo de su yugo [de Carlos V] e servidumbre e amparo real" (DC.I:51); pero a este respecto el padre Las Casas había hecho la irónica observación de que en Centla españoles e indios no pudieron haberse entendido una sola palabra entre

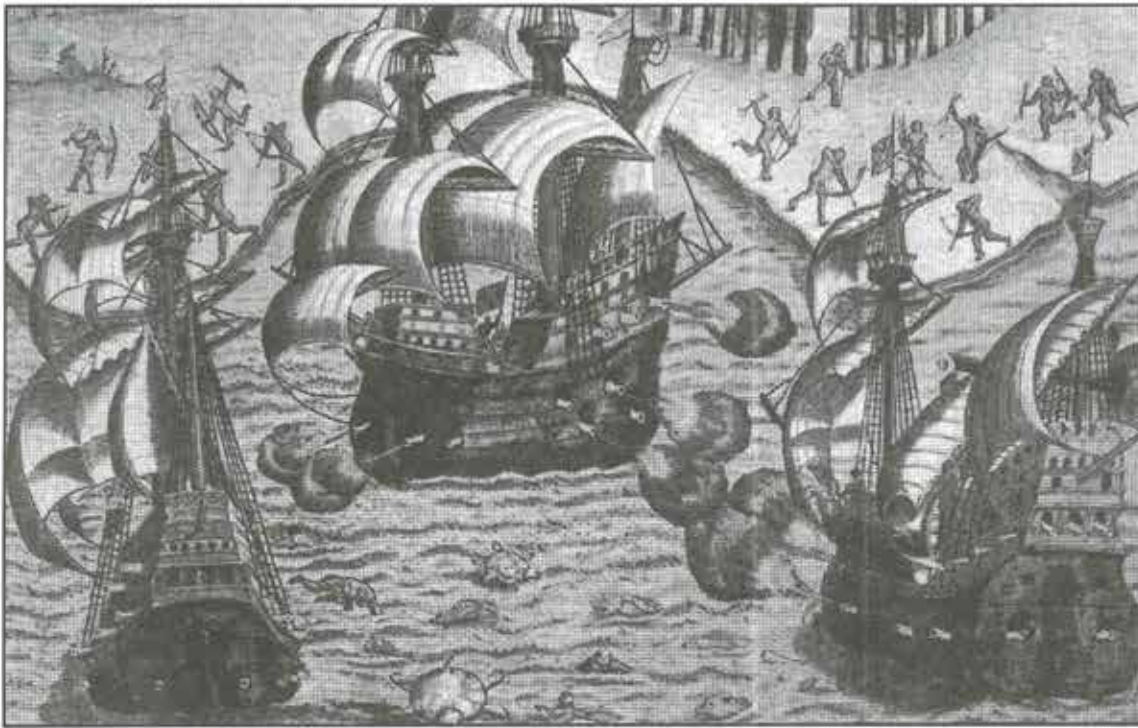
sí, y que en verdad Cortés hubo atacado sin conmiseración. Sino que López de Gómara, su criado, había inventado todo como una justificación (:242).

"Aquella noche los naturales tuvieron muy gran guarda de velar, con muchas bocinas e fuegos, guardando su pueblo" (DCII:233,párr.59).

Al siguiente día, van muchas canoas y gente por tierra hasta la isleta donde estaba Cortés y saltaron los indios a tierra "con seguro que se les dio" (Id.párr.60).

Cortés volvió a rogar por ir al pueblo y los indios vuelven a pedir que se vayan o que "les echarían como a otro que allí había venido"(Id.párr.61), pero ante la sorpresa de los nativos Cortés dijo que entraría a fuerzas. Y aquellos "se rieron mucho, e hicieron burla, e se fueron" (Id:234,párr.61). Si cuando llegue el sol a tal parte no había una respuesta favorable, él entraría, había dicho el altanero español antes de que los indios partiesen (Id,párr.63).





Es entonces que Cortés envía a Alonso Dávila con un fornido escuadrón para que rodee el pueblo por un camino descubierta que iba desde el islote, “e se posiese por las espaldas”, que permaneciese así escondido hasta que oyera la señal de ataque que enviaría haciendo resonar la artillería (Id,párr.64). Mientras, el mismo Cortés y 80 soldados irían en barcas pequeñas río arriba hasta Centla que estaba a un poco más de una legua desde el islote. En cada una de las proas de esas barcas llevaba una o dos piezas de artillería y se enfiló hacia el desembarcadero del pueblo en donde halló mucha gente en defensa (Id, párr.65).

Como se dijo, Centla estaba fortificada desde que sus habitantes supieran de la escaramuza de Grijalva con los de Potonchán.

Los indios habían sacado “sus haciendas, mujeres e hijos” y se alistaban para resistirlos (Id:342). Cuando Cortés llega al desembarcadero, encuentra a los guerreros a lo largo de la ribera. Están

pintados del rostro en blanco y negro, empenachados y en un griterío permanente y ensordecedor pues es acompañado de tambores y atabales. “Y viendo los indios que los castellanos no se iban, comenzaron a descargar sus flechas”. Dice Herrera que aún Cortés los requería de paz pero que quería entrar al pueblo cuando empezaron a flecharlos (Id:344). Y que fue entonces también cuando Cortés “soltó la pieza de la señal”, es decir, que accionó todas sus armas de fuego para que Alonso Dávila acometiera Centla por la parte posterior y él pudiera entrar libremente. “Soltáronse tras él los otros tiros; y los indios que nunca tal habían oído ni visto, creyendo que venía fuego del cielo, se asombraron y atemorizaron, pero no por eso dejaron de pelear con mucho ánimo; pero el pueblo fue entrado con muerte de muchos indios” (Ibid.).

“Vieron un gran pueblo (...) con casas de adobe (...) y tejados de paja (...) cercado de madera con bien gruesa pared



y almenas y troneras para flechar y tirar piedras y varas” como observó López de Gómara (:29).

Los tabasqueños comienzan a tirar flechas “e hacer sus señas con sus atambores para que todos sus escuadrones a pechugas en con nosotros, e como esforzados hombres vinieron e nos cercaron”, dijo el testigo Díaz del Castillo por su parte (:75), en tanto que los españoles tienen que bajar de los bates con el agua

al pecho y no pueden subir a tierra porque hay exceso de lama en la subida, que los hace resbalar desesperadamente;

Cortés mismo por un momento está enterrado en el fango y deja un alpargate, “salió a tierra descalzo de un pie”, mientras que “otros le sacaron el alpargate y se lo calzó”. Al tocar tierra los españoles también irrumpieron en un griterío invocando el nombre del Señor Santiago, con

ímpetu de triunfo. Y empujan a los indios hasta las albarradas y cercas con que protegían el pueblo. Bajo una lluvia tupida de flechas, lanzas y pedradas, los españoles desportillan un punto de la

muralla y comienzan a entrar bajo el fragor de la batalla; los indios, que peleaban “muy valientemente” indicaban a gritos que matasen al “calachoni”, a Cortés. A ese punto había entrado también por la parte opuesta la escuadra de Alonso Dávila y etrambos bandos se redoblaron ánimos contra la multitud de guerreros que los rodeaban y que combatían duramente en el interior. Los indios “rociaban flechas y varas tostadas mientras se retiraban hacia un gran patio” que tenía aposentos y enormes salas con “tres casas de ídolos” y al retirarse aún más la multitud, Cortés manda “que no fuésemos más en su seguimiento del alcance, pues iban huyendo” (:76).

Y al verse dueño y señor de Centla, aunque en apariencia, Cortés echa las campanas a vuelo de manera simbólica pues desenvaina y da tres cuchilladas “en un árbol grande que se dice

ceiba”, y se hace auto ante el escribano. Hay un saldo de 14 soldados heridos y Bernal mismo recibe un flechazo en el muslo (L:31señala20), mientras que del lado contrario están tendidos 18 indios muertos.





Esas espadadas que da Cortés en la ceiba habrían de permanecer durante la conquista de otros territorios, como símbolo y protocolo de triunfo de los españoles en América.

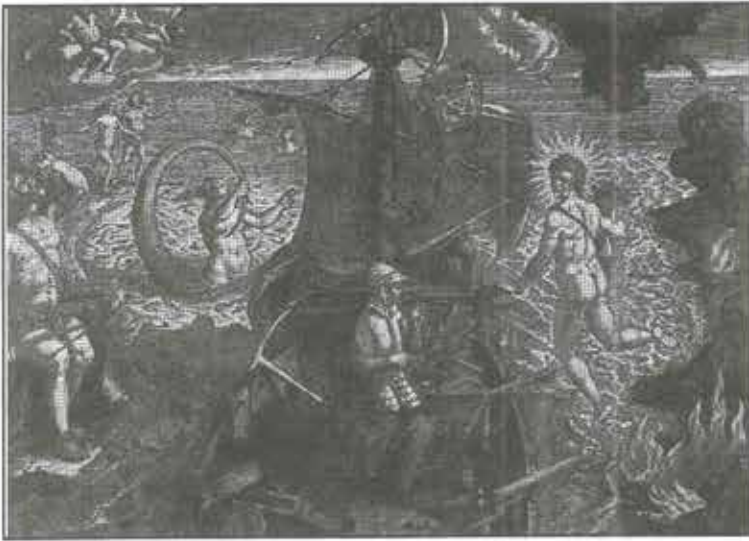
Este fue el mensaje de Cortés al cacique: que ellos tuvieron la culpa de la batalla, pero que aun así ofrecía perdonarlos. A juicio de fray Bartolomé de Las Casas, el mayor escarnio ocurrido en este pasaje fue precisamente que Cortés ofreciera el perdón y que de lo contrario arrasaría al pueblo (L: 241).

En este trance también ocurre el gesto del traductor yucateco Melchorejo, que antes

quedó referido y que no es un significado equívoco del ánimo de los nativos en lo sucesivo: que se despoja de las ropas hispanas con que ya iba vestido, las deja colgadas de una rama de El Palmar, y huye por la selva.

Al día siguiente y desde los principales templos de Centla donde los castellanos se han atrincherado, Cortés envía sus comandos a explorar en los alrededores en busca de comida y no más lejos de una legua. Bernal señala que son Pedro de Alvarado con 100 soldados y 15 ballesteros y escopeteros, y Francisco de Lugo también con 100 soldados y con 12 ballesteros y escopeteros. En el documento llamado "Interrogatorio general presentado por Hernando Cortés para el examen de los testigos de su descargo" (DCII:234, párr.72) se asienta en cambio que fueron tres compañías al mando de Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y Domingo García de Alburquerque, lo que hizo un total de 250 hombres que partieron "a hora de vísperas" (antes del crepúsculo). Herrera por su parte menciona (quizá en modo equívoco pues Dávila había combatido el día anterior) a





Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval y Alonso Dávila, y Cortés por último refirió cuatro escuadrones (C:24).

Uno de ellos (B:78 señala a Francisco de Lugo), que caminaba por unos cacaotales y lodazales (Herrera:IV,XI:346), pronto se encontró "con grandes capitanías y escuadrones de indios, todos flecheros y con lanzas y rodelas y atambores y penachos y espadas de navajas de a dos manos" (Id:77). Y fueron estos escuadrones de chontales los que fueron calculados en 40 mil o en 12 mil o en 6 mil, los que avanzan cercando al enemigo con "gran ruido de atambores y trompetillas y voces e silbos" (Id:78), con "grandes penachos(...) e las caras enalmagradas e blancas e prietas e con grandes arcos e flechas e lanzas e rodelas (...) e mucha onda e piedra, e varas tostadas, e cada uno sus armas colchadas de algodón" (Id:81). Los guerreros nativos acometieron "con terrible furia" (...) "y aunque las escopetas y ballestas les ofendían mucho y caían muertos infinitos, con la rabia del pelear y la esperanza del vencer, que les daba el poco número de los Castellanos, como eran tantos y se mudaban de refresco (...) no sentían ni hacían caso del daño que recibían" (H.IV,IV,XI:346). "Y aunque los tiros



(...) mataban infinitos, combatiendo porfiadamente los arremolinaron en poco sitio y rodeándolos por todas partes y flechándolos y fatigándolos con las hondas, les convino (...) volverse de espaldas unos a otros" (Id:347).



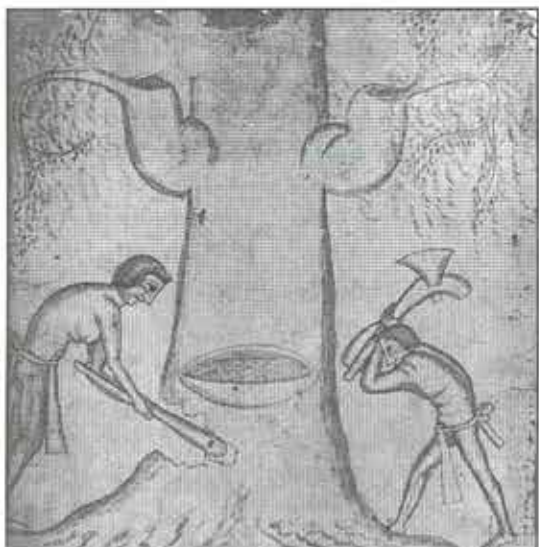
Algunos indios cubanos integrantes de la expedición fueron a dar aviso a Cortés sobre la emboscada tendida a los escuadrones (H. IV,XI:345). Resuena el ataque con las armas de tiro "y cuerpo a cuerpo con las espadas, y eran tantos los indios, que los rodearon obligándolos a pelear "vueltas las espaldas unos a otros" (L:34), lo que también impedía el uso de las armas de fuego. Y a este punto dejemos libre el relato de Bernal Díaz del Castillo:

"Se vienen como perros rabiosos e nos cercan por todas partes e tiran tanta flecha e vara y piedra (...) que hirieron

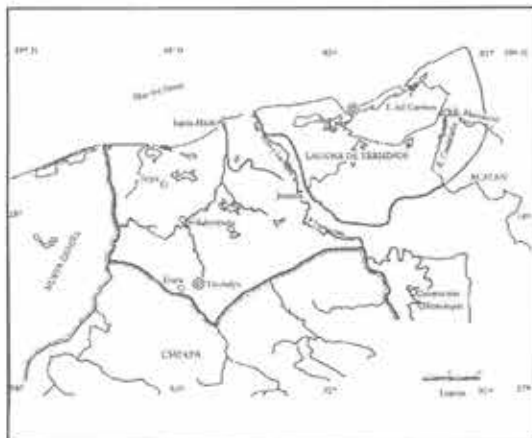


en ellos a su placer y con todos los males y heridos que les hacíamos, no los podíamos apartar" (Id:82).

La batalla encarnizada dura dos horas y una más a partir de que el propio Cortés, quien hubiera sido sitiado en un pantano (B:82) —o una hoya en forma de herradura, como dijo Herrera (IV,cap.XI:346)—, llega por la retaguardia (C:24). Y con él, a la distancia de un claro de selva arriban a carrera tendida los de a caballo esgrimiendo sus espadas. Era la primera vez que los mesoamericanos veían estos animales y los cronistas después habrían de recuperar y acaso de configurar la idea de que los indios creyeron entonces que "caballo y caballero era todo un cuerpo" (B:82).



más de setenta de los nuestros, e con las lanzas pie con pie nos hacían mucho daño, e un soldado murió luego de un flechazo que le dio por el oído, el cual se llamaba Saldaña. (...). E nosotros con los tiros y escopetas, e ballestas e grandes estocadas no perdíamos punto de buen pelear; y como conocieron las estocadas y el mal que les hacíamos, poco a poco se apartaban de nosotros, mas era para flechar más a su salvo, puesto que Mesa, nuestro artillero, con los tiros mataba muchos dellos, porque eran grandes escuadrones y no se apartaban lejos, y daba

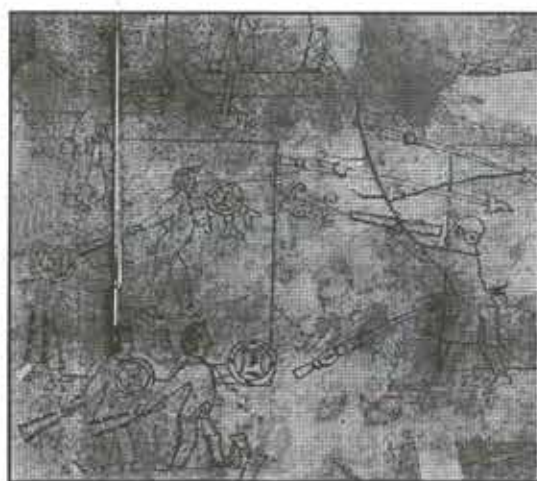




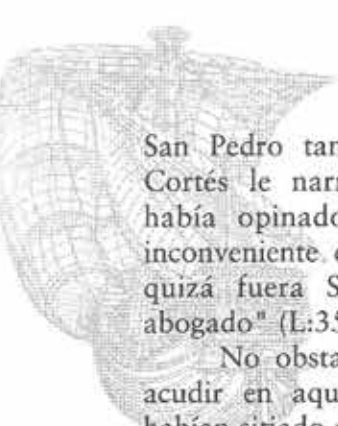
No dejó pasar la ocasión ya que no es mala broma, de citar al maestro Rubén Bonifaz Nuño, quien ante ese pasaje de la crónica murmuró con rapidez y entre paréntesis que hablando de los españoles así, los indios tenían razón. "Les puso tanto temor, como no hubieron visto semejantes animales" quedó apuntado en un documento (DCII:234, párr.73).

Fue la ocasión también para la reinstalación, en esa situación desesperada, de la leyenda aparicionista de Santiago. Si el día anterior habían entrado a Centla con las manos alzadas al cielo y dando a gritos el nombre del santo, ahora en medio de la infausta batalla se dice que los aterrados castellanos vieron arribar en

su ayuda en un caballo rucio picado, una visión legendaria, Santiago enarbolando la espada contra los infieles. Bernal atribuyó a López de Gómara la invención del suceso e ironiza la mentira con dos pruebas contundentes que habrían de correr por los relatos posteriores como una suerte de herejía. Primero advierte que ninguno de los "sobre 400 soldados" presentes habían visto nada. Acaso Bernal tuviera la oportunidad, después de difundida la obra de López de Gómara, de entrevistar a dichos soldados. La segunda, en cambio, es contundente: que si hubiera existido la convicción de dicha visión en aquellos momentos, Centla hubiera sido nombrada por los castellanos como Villa de Santiago, o en todo caso, de San Pedro de la Victoria, y no Santa María de la Victoria como quedó bautizada porque los indios se rindieron el día de la virgen en marzo, que cayó el viernes 25 de ese año de 1519¹ (:82). "Lo que yo entonces vi y conocí —dice el soldado-cronista (:83)— fue a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés" (Ibid.). La fantasmagoría pues, monta en corcel variopinto y oscila tenebrosamente, aunque también como un sueño salvífico, en una imagen múltiple hecha de Cortés, San Pedro y Morla.



¹Correlación hecha por el profesor Rafael Tena, basado en A. Cappelli.



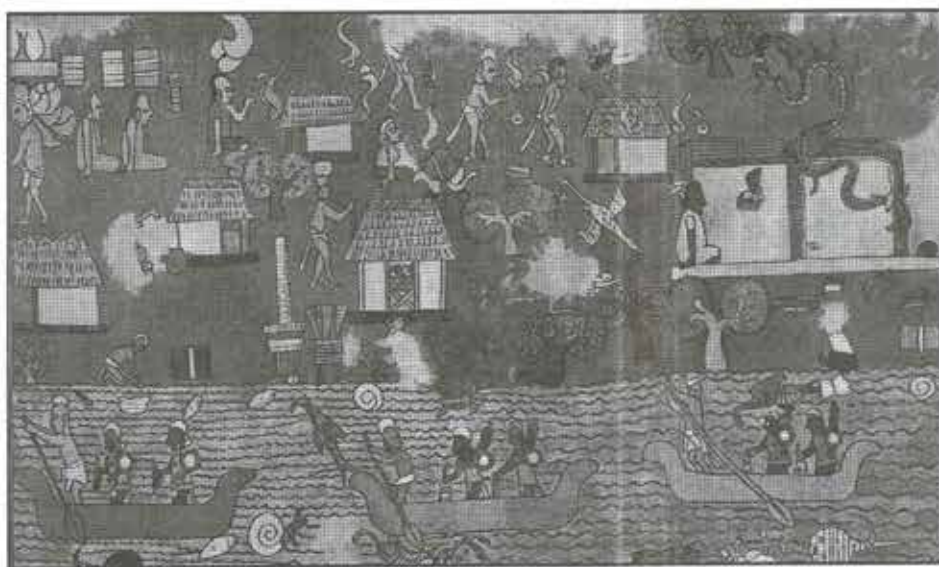
San Pedro también, porque cuando a Cortés le narraran el acontecimiento, había opinado, para no hacer burla inconveniente de dicha ingenuidad, que quizá fuera San Pedro, "su especial abogado" (L:35).

No obstante, el Capitán no pudo acudir en aquel trance puesto que lo habían sitiado en un pantano, como afirmó Bernal (:82), cuando fueran desbaratados los indios y huyeran abandonando la plaza. Como no fue posible saber si realmente Cortés acudiera o no en auxilio de los sitiados, López de Gómara lo consignó en esta forma: que una vez caídos los escuadrones, y para huir, apareció Francisco Morla y eso hace cambiar la relación de fuerzas para que empezaran a dominar los españoles. Que Morla a caballo "fue creído centauro por los indios". Desaparece, y dominan los indios. Vuelve el caballero y se invierte el dominio. "Entonces llegó Cortés con los otros de a caballo. "Al principio los españoles habían creído que Morla era Cortés. Aún más: llegaron a preguntarle a Morla si era de los de Cortés y aquél lo niega (:35). "Que se apareció el apóstol Santiago en un caballo blanco" habría de decir muchos años más tarde el converso Fernando de Alva Ixtlilxóchitl (:197).



Hubo gran regocijo de los vencedores, que habría de darles en lo sucesivo, hasta llegar primero a oídos de los totonacas de Cempoala, después a los del mismo Moctezuma, fama de invencibles, ya que el innumerable ejército de Centla, no era "bárbaro ni malentendido en guerra" (L:34).

Curaron a los setenta heridos españoles, a los caballos con "unto de un indio muerto"; se dice que en el campo de batalla todavía estaban tendidos más de mil guerreros chontales el Lunes Santo de 1519, el día 28 de marzo (H: Id:347).



Que Cortés liberó a los cautivos habiéndole curado las heridas. Y después de 20 días de descanso, celebra la fiesta del Domingo de Ramos (17 de abril) a la que invita al señor de Tabasco y los demás principales y el cacique llega entre dos principales y en andas, "ricamente vestido a su modo", y con "muchas cantidad de vitualla". Puso delante de Cortés un presente calculado en 400 pesos de oro. Y las veinte doncellas donde iba la célebre Malintzin. El señor de Tabasco permanece a distancia y un portavoz dialoga con los intérpretes como si fueran los protagonistas del encuentro pues se usaba esta simulación teatral cuando los señores no hablaban la misma lengua. Cortés, como antes hiciera, había inculcado de la masacre al cacique, con mensajeros enviados; manifestaba su pesar, y ofrecía amistad. Y había preparado el ardid de disponer una yegua en celo cercana al encuentro, y amarrar un garañón a cierta distancia, con objeto de escuchar los relinchos. Fingió también ir a apaciguar a la bestia diciendo que estaba enojada por la guerra que habían hecho los indios. Se dijo también que el cacique había llevado gallinas asadas para alimento de los caballos y que después del ardid de Cortés "manda traer muchas mantas adonde se echasen los caballos" (H: Id:351). Hubo gran procesión y esmero para el lucimiento de una misa oficiada por fray Bartolomé de Olmedo, con el mayor rigor protocolario que era posible y donde se bautizara a Doña Marina entre las 20 doncellas.

Antes de partir de Centla, donde los españoles hubieron permanecido algo más de un mes, Cortés ofreció, muy a la renacentista, una imagen de María con el niño (madonna col bambino). Además, con los carpinteros Alonso Yáñez y Alvaro López y otros, indígenas, mandó adecuar una enorme cruz hecha de una ceiba viva, como emblema de la sumisión y de la conversión. Aquí se esboza apenas



por primera vez una importante divergencia entre la idiosincrasia de la cristiandad de ambos bandos: la de los indios queda signada por la sumisión.

Que Tabasco jura obediencia al gran señor de los Castellanos, fue lo que sostuvieron todos los cronistas excepción hecha de fray Bartolomé de las Casas, quien negó todos estos hechos. Y a favor de él está la certeza de que después y a raíz de 1523, la resistencia chontal ante la pacificación española haya durado todavía 33 años.

Del diálogo final con el señor de Tabasco y los demás principales, López de Gómara reportó una lista de preguntas y respuestas, de la que sobresale la que quiso saber si había minas de oro en dicha tierra. Cuya respuesta también fue reveladora: que oro había más "hacia donde el sol se cubría" y que ellos no valoraban el oro (:37).

Palabras finales

La batalla de Centla es el primer capítulo de la conquista. En éste se habrían de dar, de manera incipiente, todos los primeros efectos del encuentro de Occidente con Mesoamérica. De un modo compulsivo y embrionario, pero allí se enunciarían todos los patrones de la dominación española.

Como vimos, los requerimientos de paz en modo insistente, con la oferta de noticias convenientes a los indios, previos al ataque, y la oferta del perdón inculcando a los nativos de la violencia, fue una medida recurrente.

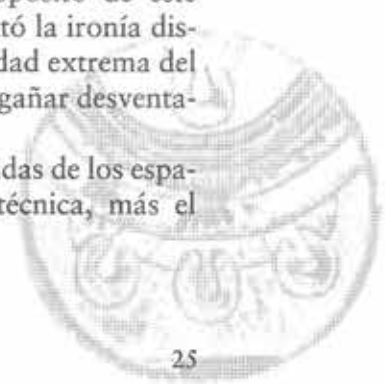
La obtención del oro fue el móvil fundamental de los castellanos. Y el hecho de que para los mesoamericanos este metal careciera de un valor económico de



cambio bajo rigor monetario (función que incipientemente desempeñaba el cacao), impidió que los aborígenes se organizaran militarmente en torno a la defensa del mismo.

El trueque de espejos, tijeras, cuentas de vidrio y otras baratijas, sirvió desde un principio como pretexto de posposición del conflicto. A propósito de este fenómeno se creó y fomentó la ironía discriminatoria de la ingenuidad extrema del aborigen, que se dejaba engañar desventajosamente.

Las armas desconocidas de los españoles y su superioridad técnica, más el



uso de grandes embarcaciones, caballos, perros y métodos militares distintos.

La conversión de infieles, acorde a la extirpación de idolatrías, fue un paradigma religioso inflexible que conservó todavía en la empresa conquistadora el tinte de las cruzadas medievales.

Una sujeción inicial a medias, como la que resultó en Centla por la ausencia de oro y como quedó demostrada por el largo periodo posterior de la resistencia, fue sin embargo un factor que minó la unidad indígena y sentó las bases para la colonización ulterior.

La fama de invencibles de los castellanos surgió a partir de Centla y fue un factor de apoyo a la alianza indígena en contra de la dominación mexicana.

Las cuchilladas sobre un árbol, a la caída de la resistencia guerrera de los indígenas, más la dotación de una cruz y otras imágenes católicas, se estableció como un ceremonial protocolario del vencedor.

La circunstancia de las repetidas pestes que como nuevas enfermedades mermara en altísimo porcentaje a la población indígena, culminó con el derrumbe de la cultura y organización política de los señoríos locales.

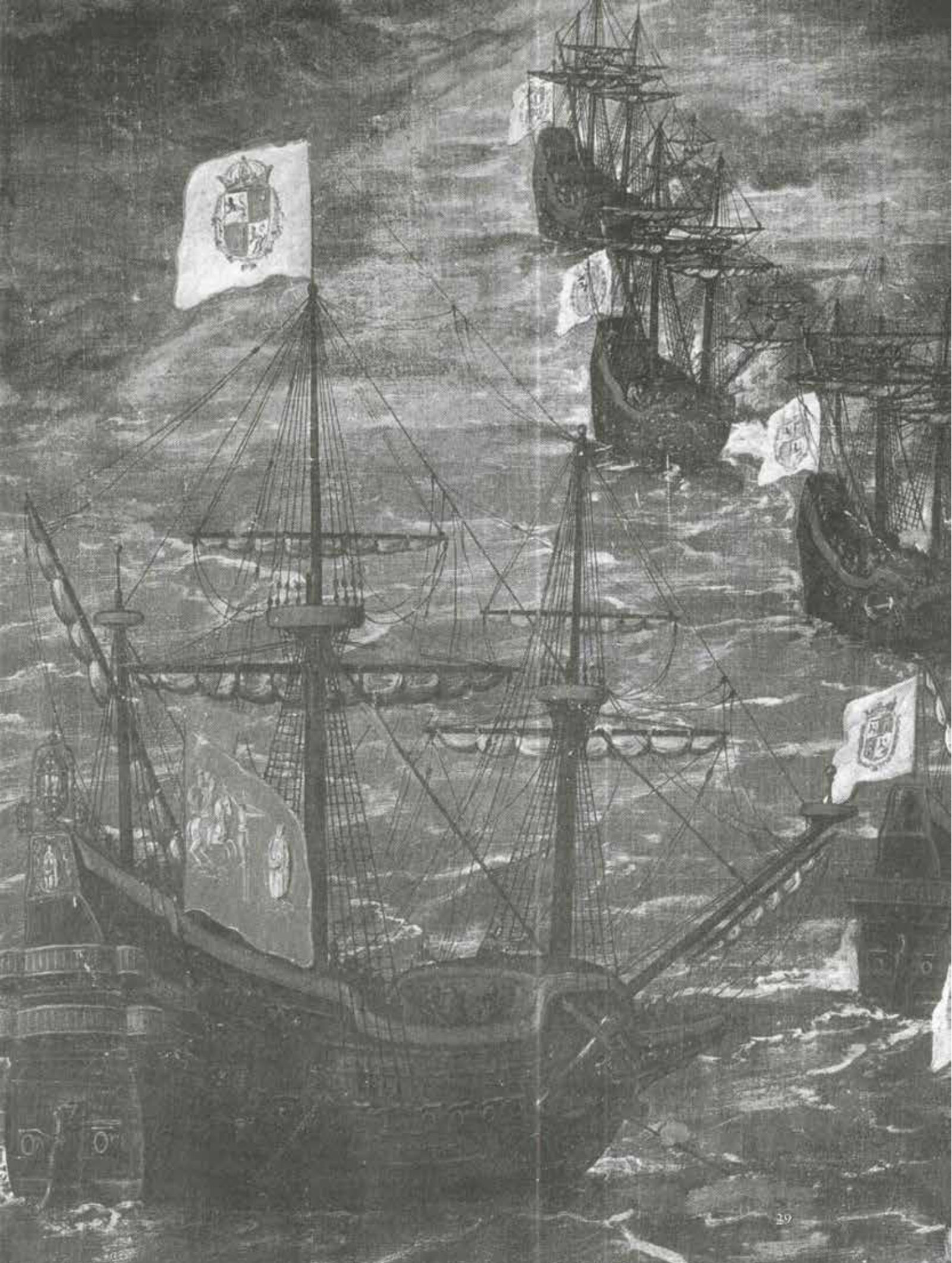
Todas éstas fueron las formas y procedimientos de la abolición del antiguo régimen indígena, y de una progresiva mutilación de la cultura antigua local, a la vez que paradójicamente sentaba las bases para el desarrollo de la nación moderna occidentalizada.

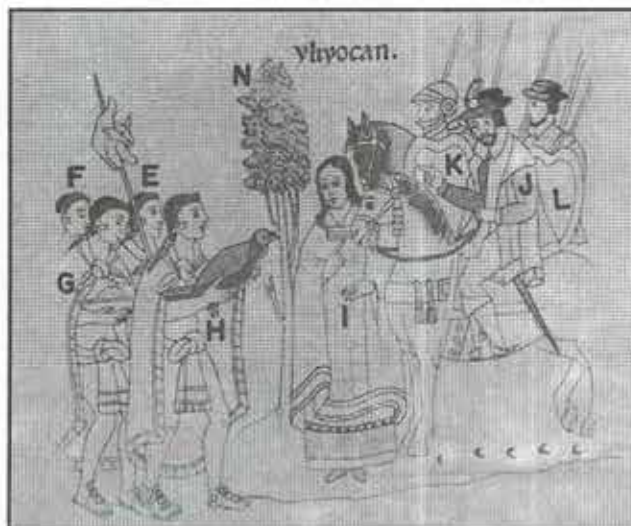




Bibliografía:

- Cappelli, A: *Cronologia, cronografía e calendario perpetuo*. Manuali Hoepli. Ulrico Hoepli, Milano 1960.
- Cortés Hernán: *Cartas de relación de la conquista de México*, Espasa Calpe, México 1983
- Díaz del Castillo, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Editorial Patria, México 1983.
- Durán, fray Diego: *Historia de las indias de Nueva España*, Ed. Porrúa, tomo II, México 1967
- García Icazbalceta, Joaquín: *Colección de documentos para la historia de México*. Ed. Porrúa, 2 vols. México 1971. "Carta del Lic. Alonso Zuazo al padre fray Luis de Figueroa, prior de La Mejorada" Cuba 1521; "Lo que pasó con Cristobal de Tapia..." Cempoala 24 XII 1521. Archivo General de Indias. Residencia de Cortés.
- Herrera, Antonio de: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*. Publicada por acuerdo de la Academia de la Historia. En Madrid en la oficina Real. De Nicolás Rodríguez Franco, año de 1730. Prólogo y notas del académico de número Antonio Ballesteros-Beretta. Madrid 1934 (Fondo reservado de la BNAH 03217).
- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva: *Obras históricas*. UNAM 1977
- Jiménez Núñez, Alfredo: "El método etnohistórico y su contribución a la antropología americana" *Revista española de antropología americana*, No.7, Madrid.
- Las Casas, fray Bartolome de: *Historia de las Indias*, vol.III, FCE, México 1981
- López de Gómara, Francisco: *Historia de la conquista de México*, Ed. Porrúa, México 1988
- Ruggeroni López, Dante Andrés: *La población de Tabasco en el siglo XVI*, CICOM, Villahermosa 1982
- Sahagún, fray Bernardino de: *Historia general de las cosas de Nueva España*, Ed. Porrúa, México 1982
- Weset, R.C; Psuty, N.P. Y Thom, B.G.: *Las tierras bajas de Tabasco en el sureste de México*. Gob. Del Estado de Tabasco 1976.





Guerra y Significado.
La batalla de Centla
de Luis Barjau

Se terminó de imprimir el mes de mayo de 2003,
en los talleres de HEMI. corp.
el tiraje fue de 1700 ejemplares
más sobrantes para reposición.

INSTITUTO NACIONAL
DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

DIRECTOR GENERAL
Etnlgo. Sergio Raúl Arroyo García

SECRETARIO TÉCNICO
Dr. Moisés Rosas Silva

COORDINADORA NACIONAL DE
ANTROPOLOGÍA
Mtra. Gloria Artís Mercadet

CUADERNOS DE ETNOHISTORIA

DIRECCIÓN
Gloria Artís

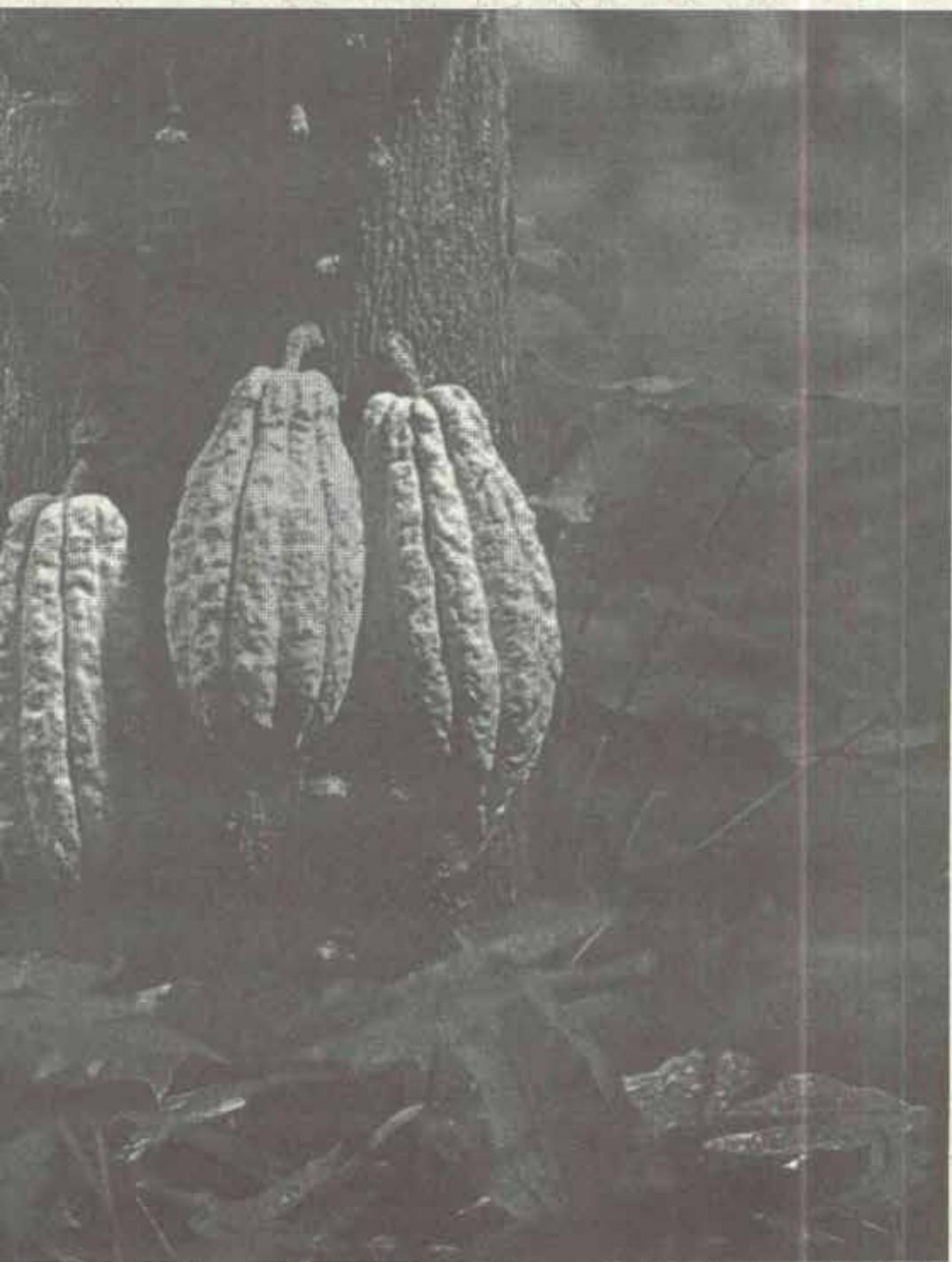
SUBDIRECCIÓN EDITORIAL
Roberto Mejía

ACOPIO INFORMATIVO
Vicente Camacho

CORRECCIÓN DE ESTILO
María Gayart

DISEÑO Y FORMACIÓN
Amadeus/ Liliana Argueta
Ana Ma. Benavides/ Jorge Vilchis







CONACULTA • INAH